



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

Jesús nos quiere encarnados en la realidad

Año IV 2000 - Nº 9

Igualmente tenemos el caso de la liberación (la libertad). Todas las sociedades predicán la libertad de sus miembros (a lo menos como proceso en marcha). A ello se refiere particularmente el ideal de los derechos humanos. La realización de la libertad, los derechos del hombre y especialmente de los débiles, son constitutivos de la conversión cristiana y del mensaje evangélico. Pero resulta que la idea misma de la libertad y los derechos del hombre está condicionada por las culturas y las ideologías que la refuerzan.

Las culturas influidas por el liberalismo (capitalismo) son sensibles a las libertades individuales de cara al poder, pero no son sensibles a los derechos económicos o laborales. Estas sociedades capitalistas, muy sensibles a los derechos del hombre en sus expresiones individuales, al pluralismo y en lo privado, son socio-culturalmente insensibles a los derechos económicos y sociales de todos, especialmente de los débiles. Las culturas colectivistas y marxistas son sensibles a los derechos del trabajo, de las mayorías y de lo económico, pero insensibles a los temas de la libertad religiosa, de la libertad ante el poder y la ideología dominante, y a los derechos de los disidentes.

Esta "culturalización" de la justicia, la fraternidad y la libertad se agrava por las explicaciones y justificaciones ("ideologías") que las culturas van generando para justificar aun sus deficiencias y límites. Cuando estas ideologías se propagan masivamente, constituyen una manipulación de las conciencias y de las mismas culturas, una injusticia más.

Nada de todo esto, sin embargo, es determinante para la conciencia y la libertad de las gentes que participan de una sociedad y cultura. No sólo la fe trasciende la realidad, sino también la libertad del espíritu humano, que es capaz de convertir su conciencia y liberarse no solamente de sus egoísmos y crisis personales, sino también de las servidumbres socio-culturales.

De ahí la posibilidad de vivir como cristiano en cualquier cultura y sociedad, por muy opresiva y manipulante que sea. El proceso de la conversión, como el de la evangelización, tienen un dinamismo trascendente y liberador de las servidumbres culturales e ideológicas.

SEGUNDO GALILEA
EL CAMINO DE LA ESPIRITUALIDAD

Nos dice San Miguel Garicoits

No basta con dar la absolución al pecador. Es preciso sacar las almas de su movimiento rutinario. Hay que consolidarlas en aquellas tendencias que las hagan avanzar en el amor de Dios. (DS 353)

Realización del padre Daniel R MARTÍN scj

Cercana ya la finalización del Jubileo 2000 de la Encarnación, que es un llamado a vivir la plenitud del Evangelio por la conversión del corazón, se dedica por entero "La Hojita" a este apasionante por actual y esquivado tema, tratado por un contemporáneo maestro latinoamericano. {Nota del realizador}

Conversión y Cultura

La conversión cristiana es el punto de arranque de la espiritualidad. Es el proceso de la opción por Jesús y su Evangelio. Es "cristiana" porque nos convertimos en primer lugar a Cristo y a través de él a la justicia, al amor, al hermano, al pobre y al reino de Dios. La conversión cristiana es la conversión a un Dios inseparable del amor al hermano.

El dinamismo de la conversión ha de tomar distancia crítica de su medio cultural, para romper con todas las actitudes, normas y criterios culturales incompatibles con la vida evangélica. Eso significa que la conversión implica una dimensión cultural. Aunque de suyo las culturas como tales no se conviertan, sino que se conviertan los hombres que participan de las culturas; éstos, a su vez, transforman su propia cultura, para mejorar, en la medida en que son conscientes de las implicaciones culturales de la conversión cristiana.

La conversión a Jesucristo, y muy particularmente en América Latina, es también una conversión cultural. ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué tiene que ver con el problema de la justicia y la distancia entre ricos y pobres, como pecado de egoísmo personal y social?

La idea de cultura es englobante. Abarca todos los aspectos de la vida de un pueblo. Es la mentalidad colectiva de una sociedad, que poco a poco se ha ido creando, y que influye poderosamente en los miembros de esa sociedad (cultura). Esta mentalidad colectiva está hecha de "los valores que la animan y anti-valores que la debilitan, de sus criterios e ideas fuerza" (Puebla), sobre todo del sentido que ese pueblo (cultura, sociedad) le da a las grandes cuestiones de la vida. Poco a poco, esta mentalidad colectiva ha ido cristalizando en costumbres, instituciones, y en una cierta sensibilidad moral, que son diversos en las diversas culturas.

La dimensión cultural interesa sobremanera a la conversión cristiana, pues las culturas influyen sobre la mentalidad e ideas que las gentes se hacen de la misma religión cristiana, de la moral y en particular de la justicia y de la fraternidad humana; valores todos estos esenciales para el evangelio.

Al expresarse en una cultura, la fe cristiana es influida por ella y puede adquirir tendencias y elementos deformantes, como en el siguiente caso, por ejemplo, del catolicismo "popular" latinoamericano (propio de las culturas populares), del catolicismo "burgués" (propio de las culturas burguesas y socialmente acomodadas), etc. Aquí la religión se "culturaliza", y una auténtica conversión requiere de estos cristianos una purificación de sus deformaciones católico-culturales. Estas deformaciones se refieren en primer lugar a lo que se acentúa o se deja de lado en la idea de Dios y de Jesús, de su evangelio, de la Iglesia, de los sacramentos y de la espiritualidad. Según la mentalidad colectiva (cultura), se hará de Dios, del evangelio y de la Iglesia algo que tiene que ver con la intimidad, con lo interior, con la salvación y realidad ultraterrenas (culturas "burguesas"), o algo ligado a las necesidades naturales y primarias del hombre (culturas populares). Se acentúan en Jesús, la Iglesia y los sacramentos "lo puramente divino" y "el poder". Se verá en el evangelio y en la Iglesia una autoridad religiosa legitimadora o subversiva, según la cultura. Se aceptarán o no las consecuencias sociales del evangelio, etc.

El tema es suficientemente conocido, y para nuestro objetivo basta señalar la necesidad de que la conversión al Dios del evangelio, inmanipulable por cualquier cultura e interés social o personal, implica un proceso de purificación de las deformaciones culturales de un catolicismo, de una Iglesia y de católicos concretos. Ello se aprecia mejor cuando constatamos las deformaciones de la moral cristiana a causa del peso de las culturas. En la ética cristiana se acentúan aspectos y se debilitan otros por criterios más culturales que evangélicos. En algunas culturas, los cristianos son severos con la ética individual y familiar, y laxos con la ética pública y social. O son severos con la moral que emana de la ley y de la disciplina, y laxos con la moral de los derechos humanos. Se da gran importancia a la moral sexual, y poca a la ética del uso de la riqueza y a los derechos de los débiles, o al revés. Si la conversión cristiana es también una conversión de las costumbres morales, hay que liberarlas de las normas culturales insuficientes, para reconvertirlas a las normas del evangelio en toda su integridad. Una aplicación importante de la culturalización de la ética cristiana se da, también en América Latina, en la culturalización y deformación de la idea y práctica de la justicia.

Entre cultura y justicia hay íntima relación: las culturas tienden a condicionar, limitar, manipular y aun corromper la práctica de la justicia. Y los hombres sumidos en esa cultura, aun los cristianos, para progresar en su conversión tienen que romper y salir de los prejuicios de su cultura sobre la justicia.

Pongamos algunos ejemplos La justicia consiste en dar a cada uno lo suyo, y a todos lo que les corresponde, sin discriminaciones. Esto es aceptado por todas las culturas, pero es relativizado y condicionado en la práctica también por todos. El hecho de que haya clases sociales privilegiadas, y clases o grupos deprimidos, que los ricos tengan derecho a más y los pobres a menos, va contra la idea cristiana de la justicia, pero sucede que esas situaciones han llegado a formar parte normal de muchas culturas. Por costumbre cultural, los ricos no se sienten privilegiados ni los pobres víctimas, a no ser que unos y otros realicen una verdadera conversión cultural, que les haga ver los elementos injustos de su propia mentalidad.

No basta una conversión a la pura justicia en las relaciones individuales. La justicia es también socio-cultural, y la dinámica de la conversión debe llegar a ese terreno. Los cristianos no sólo deben cuestionar su vida personal, sino también la cultura en que viven, que les induce a no percibir las injusticias colectivas: diferencias entre salarios y ganancias; diferencias entre barrios de una misma ciudad (los acomodados reciben todos los servicios, los pobres casi nada) y con gran dificultad; contrastes entre lujos y necesidades. La conversión cristiana es insuficiente si no percibe estas exigencias.

Otro ejemplo se refiere a la fraternidad. La conversión cristiana debe llevar a la actitud de hacer de cada prójimo un hermano, cualquiera que sea su nacionalidad, raza, clases social, o ideología política. Pero la fuerza de las culturas, cada una a su manera, crea prejuicios nacionalistas, raciales, clasistas, de sexo y de ideología, que transforman la fraternidad cristiana en una caricatura o en algo limitado y sectario. El racismo o clasismo divide la sociedad también a causa de una mentalidad cultural, y no sólo por una opción consciente de mala voluntad de las gentes (aunque esto también exista). Igualmente, los nacionalismos son hechos culturales y no sólo opciones personales. Hay gentes que lograron superar las diferencias de clases y razas, pero continúan bajo el pecado de la discriminación ideológica: las ideas políticas, el partido político, el proyecto de sociedad, etc.

Todas estas divisiones no se explican sólo por un análisis estructural de la sociedad económica, que constata la existencia de clases ricas y pobres, dominantes. Pues los prejuicios ideológicos, el racismo, o el machismo, se dan a través de todas las clases sociales. También en las clases populares hay racismo (con los indígenas y negros), y la explotación de la mujer es muy acentuada.

Por eso convertirse a la fraternidad implica salir de los prejuicios y raíces culturales antifraternas, para vivir el amor sin fronteras.

Las sociedades racistas o clasistas, de cualquier signo, no perciben a primera vista que son antifraternas, dado que la idea misma de la fraternidad está "culturizada", estratificada: las gentes tienden a ser hermanos, sí, pero dentro de su mundo cultural. Salir de él es conversión. Confrontar la organización social de esa cultura con el mensaje evangélico es evangelizar la cultura.